

bertad y favorecer al César. Nada se perdonó. El periódico oficial, lo mismo en su edición grande que en su pequeña edición, los monitores municipales que parecían ajenos a los problemas políticos y a las contiendas de elección, la prensa de cuentos, de escándalos, de causas célebres, que se publica en París, trocáronse prontamente en hojas de propaganda imperialista. Un periódico literario, sin depósito, que hubiera querido salir de su esfera y entrar en la esfera política, al momento lo suprimían; pero un periódico literario, sin depósito, podía muy bien burlarse del candidato de oposición, ponerlo en ridículo, cantar las glorias científicas de los candidatos ministeriales, aunque ninguno de ellos hubiera inventado la pólvora; y componer una novela en que pintara todos los círculos del infierno enroscándose como una inmensa serpiente al cuerpo de la República y todos los luminosos círculos del Paraíso flotando como una inmensa diadema sobre las augustas sienas del Imperio. Se le dió dinero a Mr. Millaud para que en los doscientos cincuenta mil ejemplares de su periodiquito literario deslizara la propaganda imperialista; se ajustaron, como quien ajusta cualquier vil mercancía, los números que debían mandar de más los periódicos devotos; y al *Pueblo* se le consignaron sesenta mil francos mensuales por diez y ocho mil números diarios que debía repartir gratis, y a la *Patria* ciento veinticinco francos diarios por cada mil números que publicara y repartiera sobre su tirada ordinaria. Con *El Figaro*, que de un lado publicaba apologías al conde de Chambord y de otro lado artículos de Rochefort, se concluyó un contrato vergonzoso para que publicara también apologías del Emperador. Y la cantidad a que se elevó el importe de esta falsificación fué doscientos mil francos mensuales, con lo cual creían haber ganado la conciencia pública. No se pueden repetir las minuciosidades que contaban los papeles secretos de las Tullerías, por respeto a la dignidad

de los lectores, y por consideración al pudor eterno de la historia.

Y eso que el partido republicano, depositario de la única fórmula que podía sustituirse al Imperio y capaz de la única política que podía realmente quebrantarlo, se esterilizaba y se perdía en estúpidas divisiones, así de ideas como de personas, divisiones que a un mismo tiempo le quitaban el sentido de la realidad y el empuje de la fuerza. Las divisiones de ideas eran lamentables, pero eran mucho más lamentables todavía las divisiones de personas. En las divisiones por las ideas entra la fe, la conciencia, el espíritu, la razón, algo que anima y fortifica; en las divisiones por las personas sólo entra la pasión, la cólera, la venganza, las rencorosas ambiciones, todo cuanto corrompe y destruye. En el partido republicano francés había un tipo, el republicano revolucionario, honrado en su vida, entero en su carácter, de antiguos servicios y de indómitas esperanzas, que sufrió las condenaciones a muerte, los destierros perdurables, todas las desgracias con frente serena y corazón resuelto; pero que contrastaba todas estas calidades con la estrechez de miras, con la intransigencia de ideas; siempre el odio en el pecho y la murmuración en el labio; jacobino impenitente, terrorista decidido, por único ídolo Robespierre, por única gloria la Convención, por únicos elementos de progreso las revoluciones, por único ideal la República autoritaria; juzgando, por tanto, con ira y creyéndolos traidores a todos aquellos que no participaban de sus dogmas, a todos aquellos que no caían en su intransigencia, a todos aquellos que odiaban el terror y la guillotina, a todos aquellos que pedían una política republicana, sí, pero acomodada al carácter de nuestros tiempos y a la naturaleza y a la idea de las nuevas generaciones. Luego la República se perdió, y a la pérdida de la República siguieron las implacables persecuciones del Imperio y la larga servidumbre del pueblo. Y to-

dos se echaban unos a otros encima la responsabilidad de esta desgracia. Y los más responsables, los más culpados, que eran a la verdad los más intransigentes; aquellos que excitaban al pueblo contra el gobierno republicano; que sembraban de utopías tempestuosas el camino de la democracia; que hacían manifestaciones aterradoras; que iban a la Asamblea para disolverla y armaban el pueblo para lanzarle sobre las barricadas; que preferían la increíble candidatura de Raspaille en la presidencia a la sensata candidatura de Cavaignac, soldado sí, pero soldado leal a la República; que empeñaban las horribles jornadas de Junio y las ridículas jornadas del Conservatorio; que descorazonaban al pueblo y le pedían su sangre para una utopía imposible, concluyendo por traer una reacción espantosa; aquellos eran los más empeñados en fomentar las divisiones, y en atribuir la muerte de la República a la incapacidad de sus primeros hombres, cuando realmente hay que atribuirla al desasosiego, a la inquietud, a la fiebre, a la ira de estos torpes e intransigentes sectarios. Y luego el amor a la novedad, y el carácter impresionable del pueblo francés hacia que se elevaran a la categoría de los primeros los últimos venidos, y que esto trajera el despecho de los antiguos y la impaciencia y la exacerbación de los nuevos. Así contra Carnot se opuso el nombre de Gambetta, contra Thiers el nombre de Althon-See, contra Julio Favre el nombre de Rochefort; y el director del *Reveil*, en su enemiga a todos los republicanos que disientan de su estrecho jacobinismo, opuso en todos los distritos de París a los nombres de Simon, Pelletan, Picard, el nombre de un oscuro hermano de Baudin, del mártir ilustre de la libertad y de la República.

Hasta aquí las divisiones de personas. Hablamos ahora de las divisiones de ideas. Una parte considerable, muy considerable del partido republicano, se daba con furor al punto

de la utopía socialista. Mejorar las condiciones sociales de las clases pobres debe ser el fin de todos los gobiernos. El mejoramiento de las clases pobres debe ser un resultado de todas las fuerzas de la sociedad, y no exclusivamente de las fórmulas políticas. Para el problema social hay que tener en cuenta, no sólo la libertad, el derecho, forma de gobierno, sino también leyes económicas y hasta cosmológicas, que no se subordinan fácilmente a las combinaciones políticas. En donde las lluvias sean frecuentes, el problema de mejorar la condición del pobre será más fácil que en los territorios secos, pedregosos, áridos. Un canal de riego que atravesara Andalucía haría más por los pobres andaluces que todas las series falansterianas y todas las fórmulas cabetistas. Nadie se opone a la mejora social de las clases desheredadas. Pero a lo que se oponen juntamente el sentido común y el sentido político es a que, so pretexto de mejorar las condiciones de las clases pobres, se ataque la propiedad, raíz de las libertades individuales; se divulguen ideas comunistas que son en el fondo ideas reaccionarias; se acredite, en el concepto de los pueblos civilizados, el sistema nihilista de los sectarios rusos que, imbuido de asqueroso materialismo, es una reacción vergonzosa a todas las vejezas de la sociedad absolutista, desde las comunidades de la India hasta los conventos de nuestra España. Y sin embargo, cuando la primera reunión del partido republicano se conviniera y celebrara, con objeto de dirigirse al pueblo francés y pedirle su apoyo, no hubo medio de redactar un programa de gobierno, porque los socialistas no quisieron que contuviera ninguna declaración a favor de la propiedad; error lamentable, de graves y lamentables consecuencias; error que nos apartaba a las clases de verdadera influencia social, y nos comprometía con el pueblo a esperanzas y a promesas que, no pudiendo ser cumplidas, habían de redundar por fuerza en daño de la libertad y de la Re-

pública. El programa de Gambetta era un programa claro; pedía la aplicación del sufragio universal así á las elecciones de los alcaldes todos como á las elecciones de los diputados; la repartición por la ley de los distritos electorales; la libertad individual y la consagración del hogar doméstico; la responsabilidad directa de los funcionarios públicos; las absolutas libertades de imprenta y de reunión; la separación de la Iglesia y del Estado; la instrucción gratuita y laica; la reforma profunda de las contribuciones directas é indirectas; el armamento del pueblo. ¡Lástima grande que este programa fuera expuesto en los colegios electorales, frente á frente del nombre respetabilísimo de Mr. Carnot, que representaba una antigua gloria republicana, y que en sí mismo significaba una serie de servicios inolvidables á la democracia y á la República! El programa de Rochefort contenía todas las promesas de Gambetta, y además un vago sentimentalismo comunista, muy propio para aumentar su popularidad, muy impropio para darle el respeto que le faltaba entre las personas sensatas. Raspail decía chocheos que le quitaban hasta el derecho al respeto y provocaban á risa. Él había traído la República el año 48. Es decir, que Raspail solo, él solamente había sido la intransigencia de Guizot, la ceguera del rey, la agitación de los banquetes políticos, la resistencia á la reforma electoral, la coalición de los liberales, la elocuencia de Lamartine, el empuje y la virilidad de Ledru-Rollin, la irrupción en la Cámara de Causidiere, la flojedad de la guarnición, el entusiasmo de las muchedumbres, la oportunidad de la proclamación de la República en el Hotel de Ville, todas las concausas, previstas é imprevistas, que habían hecho triunfar casi de improviso, sin que nadie lo presintiera y lo esperara, la forma propia de nuestras ideas liberales y democráticas en las calles de París abrasadas por el fuego y por la inspiración de las revoluciones. Francamente, todas estas divisiones

de miras y de personas, en el momento en que más necesaria era la unidad de ideas y de conducta, desacreditaba al partido republicano y regocijaba al Imperio. Solo que la fuerza de descomposición de este era tan grande, y su reemplazo por la República tan inevitable, que, á despecho de todo, la idea crecía y marchaba continuamente aplastando en su triunfal carrera los errores, las inconsecuencias, las debilidades de sus mismos partidarios.

Pero el interés supremo de aquella contienda se concentraba en las dos personalidades de Bancel y de Ollivier. Estos dos hombres eran verdaderamente una antítesis en doctrinas, en historia, y estaban destinados á luchar en el mismo distrito. Bancel, siendo muy joven, había llegado por voluntad de los electores del Mediodía de Francia á las primeras Asambleas de la República. Allí se había sentado en la extrema izquierda y dirigido en discursos elocuentísimos sus rayos sobre la cabeza de los que perseguían á los republicanos avanzados, reos sin embargo de muchos y muy graves atentados á la República. Había en sus discursos corrección de formas, propiedad de lenguaje, aliento de inspiración, energía de sensibilidad, y solamente les faltaba para ser perfectos más médula y más cantidad de ideas. Pero el nervio, el sentimiento, la fé disculpaban y encubrían muchos de sus defectos. Cuando la traición del Dos de Diciembre llegó, fué al combate; y cuando el combate acabó, al destierro. Allí departía con los más ilustres demócratas de sus mútuos dolores, de sus mútuas esperanzas; y se entregaba al estudio de los problemas históricos, y á la adoración del ideal político. Pasados algunos años, alojaba la tiranía bonapartista; más libres y menos celados los pobres naufragos de la libertad en su larga expatriación, Bancel dió algunas conferencias en Bélgica que le valieron aplausos del público, elogios de la prensa, y una especie de restauración de su nombre, olvidado ya

como el nombre de los muertos, en el seno de la patria. También escribió allí un libro lleno de ardor y de entusiasmo, que era como el poema de ese sonido misterioso llamado la palabra, en cuyas ténues alas, mucho más ligeras ciertamente que las pintadas alas de las inquietas mariposas pesa un mundo de mayor extensión y de mayor gravedad que el Universo material, el mundo infinito del humano pensamiento. Estas obras, estos discursos llamaron la atención sobre su persona y decidieron al partido republicano á presentarlo en uno de los distritos más importantes y más disputados, en el distrito que enviara en las elecciones anteriores á Emilio Ollivier al Cuerpo Legislativo para que sostuviera la bendita bandera de la República, olvidada por ciegas ambiciones, y sustituida por su alevé mano con la maldecida bandera del Imperio. Los electores más influyentes de esta tercera circunscripción de París publicaron elocuentísimo manifiesto, en el cual aseguraban que la democracia, no contenta con reivindicar la soberanía de la nación como inmediato término de sus aspiraciones, deseaba reivindicarla por principios claros y no por transacciones vergonzosas, las cuales habían llevado á su antiguo representante á olvidarse de sí mismo y á olvidar su mandato hasta el extremo de defender á los mismos á quienes tenía expreso encargo de combatir. Emilio Ollivier, intentando prevenir estas acusaciones y contestar con la debida anticipación á estos cargos, declaraba en poético manifiesto dirigido á los electores del departamento del Var que no había jamás cambiado y que había seguido la conducta de todos cuantos se llamaban republicanos prestando juramento de fidelidad al Imperio con ánimo resuelto á sostenerlo y decidido á cumplirlo. Mas era esta una bien pobre y bien miserable salida. ¿En virtud de qué ley divina ó humana podía el Imperio exigir juramentos cuando él había herido y rasgado todos sus juramentos? Este acto fué considerado siempre por la conciencia

nacional, por la opinión pública como una serie de humillaciones impuestas por la fuerza al derecho, que solo se contrastaban y se desvanecían quitándoles todo espíritu interior, toda seriedad, y convirtiéndolas en uno de esos vulgares cumplidos que á nada absolutamente comprometen. Y después de recordar con inoportunidad el juramento, cuyo sentido nadie ignoraba, decía que, fiel á sus principios democráticos y á sus ideas liberales, había querido restaurar el derecho sin destruir la autoridad. Pues casualmente no querían eso sus electores, creyendo y con razón, que todo derecho era incompatible con la autoridad impuesta por el golpe de Estado, con la autoridad del Imperio. Se concibe que un político, para llegar á su fin más pronto y mejor, cambie de conducta; se concibe que después de grandes desengaños restrinja ó limite la amplitud de sus principios; pero lo inconcebible es que pase desde una doctrina republicana á una doctrina cesarista sosteniendo haber sido consecuente consigo mismo y fiel á sus compromisos. Y todavía es más incomprensible, más inexplicable, que habiendo cometido esta grande inconsecuencia, pretenda ser apoyado por aquellos mismos contra los cuales principalmente la ha cometido. Pues en esto se empeñó Emilio Ollivier, apoyado, sostenido con furor indecible por su íntimo amigo, Emilio Girardin. Se necesitaba alcanzar que los antiguos republicanos votaran al nuevo imperialista. Mucha era la elocuencia de Ollivier, mucha la habilidad periodística de Girardin; pero francamente, tamaña empresa excedía al poder y alcance de las humanas fuerzas. En su apuro se le ocurrió al orador una salida caballeresca, propia de los tiempos antiguos ó de los tiempos medios, emplazar á su enemigo á singularísimo combate, remedado de los Horacios y los Curiaños, de Pedro de Aragón y Carlos de Anjou, de los caballeros de la tabla redonda, de Amadis de Gaula ó de Don Quijote de la Mancha, á fin de que en justa ora-

toria, en torneo de palabras, se vieran, se encontraran, disputasen á botes de lanza, con armas afiladas; y viesan, despues de haberse partido la luz, haber invocado al cielo y á su dama, haber combatido con arreglo á las leyes más extrieas de la caballería, por quién quedaba el campo de batalla, por quién el juicio de Dios. Francamente, esto era ridículo. ¿Qué iban á sacar los dos oradores de semejante disputa pública? En una carta pueril, por lo vana y por lo hinchada, Ollivier notificó á Bancel que habiéndole dicho los electores indigno de la confianza de la democracia, y habiéndole sustituido su nombre como más digno, estaba obligado á sostener delante de él, en combate oratorio, cara á cara, sus propios merecimientos y á negar los merecimientos de su contrario. Bancel, con mucha naturalidad, y mucho acierto le respondió que nada tenia que ver en el asunto; que se las compusiera como pudiese el candidato zaherido y condenado con sus descontentos electores. Así lo hizo con mejor acuerdo. El teatro de Chatelet fué el escogido para pronunciar su discurso; y los electores amigos citados por medio de papeleta. Todo estaba, pues, preparado para una escena de efecto, y para un éxito ruidoso. Pero los hados dispusieron otra cosa. La representacion no correspondió ni al plan del autor, ni al ensayo. El público, que estaba citado, no pudo entrar en la sala, sustituido por un público extraño, no convocado, no provisto de papeletas, que sin embargo, con ménos derecho, aunque con más audacia, representando mejor la opinion del distrito que los oyentes preparados por el orador, forzaron las verjas, abrieron las puertas, se instalaron en los asientos, componiendo una asamblea enemiga en vez de la asamblea amiga que se habia previamente amañado. Emilio Ollivier vaciló, dudó por mucho tiempo sobre si debia ó no asistir á una sala de esta insólita manera invadida. Por fin temió al efecto que haria en la opinion el convocar y no reunir los electores, y se

presentó á las diez de la noche delante de un público hostil de suyo, y exacerbado por la impaciencia. Su figura gallarda, á pesar de quitarle toda gracia aquel rostro impassible y aquellos anteojos inmóviles; su facilidad fluida y elocuente que corre como un arroyo límpido; el comienzo de su discurso bien pensado y mejor dicho todavía; las generalidades sobre la libertad y la democracia y el sufragio universal que halagan siempre al pueblo, sobre todo, cuando las oye de labios acostumbrados á los ejercicios de la oratoria, y en formas literarias; le atrajeron la atencion, y hasta le ganaron la voluntad de los mal dispuestos oyentes, suspensos y maravillados al magnetismo de la palabra. Si en aquella vaga idealidad, si en aquella crepuscular incertidumbre hubiera podido sostenerse, gana de seguro una victoria. Mas llegó la hora de expresar su política, la hora de decir su infortunada fórmula, de sostener la alianza entre la autoridad del Imperio y los derechos de la democracia; y entonces la cólera, el odio, reprimidos por un momento, estallaron á una en todos los bancos, en todo el recinto, con tremendo estrépito. El público no queria oír semejante proposicion. En vano se esforzaba el orador para dominar aquel tumulto; en vano sacaba de sus pulmones los sonidos más fuertes y tendia los brazos con los ademanes más expresivos; en vano se ponía de pié y reclamaba con humildad ó imponía con imperio el silencio; en vano clamaba en su auxilio al comisario de policía; los gritos unánimes, las protestas árdoras, las invocaciones expresivas á la República, los epítetos mal sonantes á su cara escupidos, toda aquella tempestad de injurias le obligó á tomar la puerta y á dejar la reunion tristemente convertida en verdadero caos. El comisario pudo disolverla, y despejar el teatro á las once y media; pero en los alrededores se aumenta la muchedumbre que dá vivas á la República, que se dirige á conmemorar la revolucion á la plaza de la Bastilla, que de allí

va á la calle de Santa Margarita á saludar el sitio donde murió Baudin, víctima de su entusiasmo por la libertad; muchedumbre entusiasta, que se aumenta en su marcha como un rio, y que solo se desvanece cuando fuerzas de policía numerosas pasan de las amenazas á los golpes, de las palabras á las armas; y dejan á muchos heridos y medio muertos en aquella horrible noche, en que por última vez se demostró definitivamente la incompatibilidad absoluta entre la ciudad de París y la dinastía de Napoleon.

El partido republicano habia cometido muchas faltas: su carencia de programa fijo, sus divisiones interiores, la indisciplina de sus partidarios que le llevaban á excederse, no ya en reuniones donde la indignacion era natural, como en la de Emilio Ollivier, sino en las reuniones de sus propios candidatos y amigos. El gobierno fomentaba el desorden para desacreditar la libertad, y hasta tenia formada una especie de partida, cuyos individuos, vestidos de blusas blancas, iban por todas partes, gritando muerte al Imperio y vida á la anarquía. Con su natural maquiavelismo presentaba á los ojos del pueblo como una consecuencia indeclinable de la República el desorden universal, y como una enseñanza provechosa los disparates, los errores, los excesos de la palabra y de la pluma, tanto en los clubs como en la prensa. Y sin embargo, lo mismo en los últimos dias de Mayo, que en los primeros dias de Junio de 1869, hubiérale bastado solamente querer para reprimir los incomprensibles tumultos de París en que tomaban parte á ciencia y paciencia de la policía, las blusas blancas, especie de aparecidos sembrando el terror y ocultándose en seguida, para que los ciudadanos pacíficos, los transeuntes ordinarios, á lo sumo, los curiosos imprudentes fueran atropellados, perseguidos, golpeados, algunos de ellos muertos en pleno dia por los en-

cargados de conservar el orden, cómplices, ó por complacencia, ó por doblez, ó por torpeza de la agitacion y del desorden. Los periódicos republicanos denunciaron esta funesta conducta á la conciencia pública profundamente herida. Los demócratas de orden declararon que iban á tomar por propia mano la defensa de una sociedad abandonada. La guardia nacional conminó indirectamente al gobierno diciéndole que si no bastaba el ejército y la policía sus servicios estaban prontos al restablecimiento de la pública tranquilidad. En los barrios más trabajadores se formaron sociedades de seguridad y se repartieron palos y armas contra los amotinados. Desde el veinticinco de Mayo al once de Junio, no hubo un dia sin zozobras en los ánimos, sin golpes y carreras en las calles. El once de Junio salieron Emperador y Emperatriz por las principales arterias de París derramando en todos los ánimos el frio de la indiferencia. El doce la guarnicion tomó un aspecto imponente, y desaparecieron los perturbadores, y cesaron las perturbaciones, como desaparecen despues de una representacion los actores y las decoraciones en los teatros. De todos modos, París habia votado con grande entusiasmo contra su tirano. Los candidatos de oposicion vencieron en todos los distritos. Ochenta mil votos condenatorios más que en las últimas elecciones tuvo el Imperio. No podia vivir, no, en tal lucha abierta con la ciudad que era como la cabeza y como el corazon de la Francia. En esta guerra entre una institucion perecedera y un pueblo inmortal, queda siempre la victoria al pueblo. Francia iba á entrar en nuevo período despues de las últimas elecciones; y todo el mundo presentia y anunciaba que en este nuevo período, en esta nueva crisis, iba á terminar para siempre la vida y el poder del último de los Césares; maldecido y rechazado por la pública conciencia.